

El realismo político: Una constante en la política exterior norteamericana

Pedro González Olvera*

En la década de los 40, en medio del proceso de total reestructuración política, económica y militar de la sociedad internacional, empezaron a proliferar en los Estados Unidos estudios teóricos que tenían como fin inmediato explicar los acontecimientos desde, según sus autores la llamaban, una perspectiva realista.

El núcleo de esta "nueva perspectiva" se localizaba en la idea de que el poder y su mantenimiento o búsqueda constituyen el fin supremo de los Estados y de que la política, y por ende la política internacional, no es a fin de cuentas más que la lucha por el poder.

Quienes formulaban esto provenían de los más diversos campos de la Ciencia Social, pero a todos los unía el hecho de que se declaraban hijos ideológicos de Reinhold Niebuhr, teólogo protestante quien, desilusionado de la moral cristiana o, mejor dicho, del poco apego que los hombres tenían a esa moral, sostenía que era utópico pensar en la construcción de un mundo confiable y seguro mediante el establecimiento de instituciones democráticas, en tanto lo que privaba en el contexto internacional eran el terror, la fuerza y la brutalidad.¹

La conclusión lógica de este padre del realismo moderno fue la de que los Estados Unidos deberían establecer una política exterior acorde con el mundo real, para estar debidamente capacitados en la lucha contra las fuerzas irracionales que en él actúan de modo perverso.

De las premisas anteriores, planteadas a muy grandes rasgos, surgió, en la teoría de las relaciones internacionales, la escuela realista del poder

de la que son destacados representantes Kenneth Thompson, Quincy Wright, George Kennan, Walter Lippmann, Nicholas Spykman y, destacadamente, Hans Morgenthau, quien fue el que mejor condensó los postulados realistas en su obra *Política entre las Naciones*.

Con rapidez el realismo político se impuso como la escuela dominante en la teoría de las relaciones internacionales, debido en buena medida al papel que en los Estados Unidos asumieron determinadamente al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Se trataría, en esta hipótesis, de la escuela que orienta, da sentido y justifica a la política exterior de una gran potencia hegemónica. Si los Estados Unidos tienen que imponer mundialmente una forma de vida, luego entonces es necesario formar un soporte teórico a partir del cual se proyectará la nueva política exterior.

Sin embargo, vistas las cosas desde una óptica más amplia, es posible sostener, igual como hipótesis, que el realismo tiene una presencia constante y permanente en la tradición política norteamericana que va desde la época de la independencia hasta los días actuales. Contra lo que sostienen los críticos del realismo, acerca de que éste proviene de un contexto europeo, alemán para más señas, en donde la afición por el uso del concepto de poder es muy grande y que, por lo tanto, no corresponde a los ideales de la política norteamericana, es factible sostener que a partir del desarrollo de la doctrina del Destino Manifiesto, el realismo político impera, con altas y bajas es cierto, en la política exterior norteamericana.

Dicho de otro modo, el realismo político se reconoce como una escuela de la teoría de las relaciones internacionales en la década de los 40, pero su presencia en el contexto norteamericano data de varias decenas de años atrás. No hay que olvidar incluso que al dividirse formalmente el grupo que consiguió la independencia

* Coordinación de Relaciones Internacionales, FCPyS, UNAM.

¹ Cárdenas Elordy, Emilio. "El camino hacia la teoría de las Relaciones Internacionales". *Revista Mexicana de Ciencia Política*. No. 73, Año XVI, Ene-Mar., 1971, pp. 11-12.

de las primeras colonias británicas en América, se plantean dos posiciones, ambas expansionistas, en las que priva el pragmatismo y el realismo, respecto de la posición del nuevo Estado frente al exterior: una encabezada por Hamilton, propugnadora de la expansión marítima; la otra, sustentada por Thomas Jefferson, sostenía que el futuro norteamericano se encontraba en el sur y en el oeste del territorio ocupado por las ya entonces excolonias.

A pesar de las diferencias de dirección, ambas incluyen sin embargo, una buena dosis de lucha en contra de la hegemonía europea, no sólo inglesa sino también española y francesa. No es gratuito que a la idea del destino manifiesto, que supone una trasposición de algunas creencias de la religión judía, que permiten ver a los Estados Unidos como el pueblo elegido por Dios, para cumplir necesariamente su destino, le siga la doctrina Monroe, formulada en 1823, a fin de reservarse para sí (para los estadounidenses) el territorio de América Latina, excluyendo cualquier reclamo de las potencias europeas.

“La doctrina Monroe hace severas declaraciones de no intervención momentánea o futura en las colonias europeas situadas en el continente americano, y considera cualquier movimiento de los países europeos en el continente como ‘peligroso para nuestra paz y nuestra seguridad’. Asimismo, dice de manera explícita que las interferencias con los gobiernos que habían declarado su independencia, se entenderían como la manifestación de una actitud hostil hacia los Estados Unidos, aunque en seguida haga alarde de la neutralidad guardada en los conflictos de guerra entre América y España; a esa neutralidad, afirma, ‘continuaremos adhiriéndonos, siempre que no se produzca ningún cambio que a juicio de las autoridades competentes de este gobierno, de lugar a un cambio correspondiente, por parte de los Estados Unidos, indispensable para su seguridad’.”²

Como puede fácilmente observarse, la doctrina Monroe está plagada de realismo, toda vez que, aunque no se dice, priva la idea de un interés nacional, si se quiere todavía con un marcado acento defensivo, frente a cualquier aspiración de otras potencias. Debe señalarse también que los norteamericanos de ese momento están configurando lo que con posterioridad va a llamarse pragmatismo.

Por lo demás, en la búsqueda del cumplimiento del *destino manifiesto*, no durarán en utilizar todos los medios a su alcance para garantizar su

futuro como gran potencia. Prueba irrefutable de ello es el camino de la expansión iniciada en 1836 en la guerra contra México, que les permite primero lograr la independencia del estado de Texas y luego la anexión largamente pensada y soñada. A ella seguirán California, Nuevo México, Louisiana, Filipinas, Hawai, Alaska, etc., en una sucesión que se justificará con otras expresiones tácitas del realismo político, que van a personificar Conant, Mahan, Hanna y Turner principal, pero no únicamente. Se trata, en última instancia de lo que José Luis Orozco ha llamado “las primicias del imperio”.³

En efecto, todos estos autores darán otra vuelta de tuerca en el realismo político norteamericano. Una vez que se consolida el predominio de las grandes corporaciones al interior del propio territorio de Estados Unidos, se buscará ávidamente desarrollar los mecanismos indispensables para que dichas corporaciones conquisten también los mercados externos. Si antes el realismo había propugnado por una expansión de tipo territorial, ahora se trata de alguna casualidad. Es, por el contrario, parte de una ideología que busca, como ya se dijo antes, alcanzar preponderancia en las relaciones internacionales.

El momento de culminación de los afanes expansionistas territoriales se da en 1898, año de la guerra con España, a raíz de la cual los norteamericanos se logran apropiarse Cuba y Filipinas y mismo año en que se impone con toda crudeza, el proyecto de William Henri Seward, secretario de Estado de Abraham Lincoln. “La concepción sewardiana del nuevo orden internacional gira ahora alrededor de la idea de un vasto complejo insular y comercial que, teniendo como eje coordinador al comercio y las instituciones norteamericanas, asegure mercados ultramarinos, un flujo conveniente de mano de obra barata, un sistema arancelario favorable a los Estados Unidos, un complemento a la economía de las zonas recién abiertas del oeste y un control pleno de las vías de acceso del Atlántico al Pacífico.”⁴

Pero se trata no únicamente de la conquista de los mercados más allá de la frontera original. No es sólo el comercio el instrumento válido para conseguir estas metas; debe incluirse también la guerra. Realistamente el capitán Alfred Thayer Mahan plantea la necesidad de prepararse para repeler cualquier ataque en contra de las avanzadas de la civilización europea, occidental

² Bosch García, Carlos. *La base de la política exterior estadounidense*. México, UNAM 3a. ed., 1986 p. 15.

³ Orozco, José Luis. *Las primicias del imperio*. México Premiá Ed., 1984, 128 pp.

⁴ *Ibid.* p. 7.

o, simplemente, civilización. Mahan adelanta antes que Morgenthau y los demás realistas lo hagan, la teoría del estado de la naturaleza prevista siglos atrás por Tomas Hobbes, pero aplicada ahora a la sociedad internacional: "El conflicto es la condición de toda vida, la natural y la espiritual para sus más vívidas metáforas y sus inspiraciones más excelsas". Y antes ha sostenido que "nada resulta más omiso para el futuro de nuestra raza que esa tendencia, vociferante ahora, que se rehusa a reconocer en la profesión de las armas, de la guerra, aquél algo que inspire el 'Alegre Guerrero' de Wordsworth, que mitigase las horas moribundas del Henry Lawrence que enmarcó los ideales de su carrera en la concepción del poeta y la ilustró tan noblemente con su propio sacrificio, aquél algo que ha hecho del soldado de todas las épocas el símbolo del heroísmo y el desinterés."⁵

Un hecho queda claro: de lo que se trata es de preparar la plataforma para que los Estados Unidos dejen de ser una potencia regional y se transformen en una de carácter mundial, no importa que para ello tengan que atropellar cualquier derecho de cualesquier nación. Y serán también personajes muy precisos los que emprendan esta magna tarea. En primer término, el presidente William McKinley, y atrás de él Marcus Alonzo Hanna, para quien es deber de los americanos "hacer de la empresa americana y la ambición industrial, así como del éxito, términos de respeto y encomio no sólo en casa sino entre la familia de las naciones del mundo".⁶ Palabras presidenciales a las que podríamos agregar lo dicho por Hanna: "si, en aras del bienestar supremo de la nación, en aras de sus necesidades marítimas complementarias, en aras de nuestra expansión comercial, queremos estimular a nuestros ciudadanos para que inviertan su dinero en naves construídas, poseídas, capitaneadas y tripuladas por nuestros propios ciudadanos, debemos asegurarles una ganancia razonable. De otra forma, ellos invertirán su dinero donde aquélla le sea asegurada. Al capital no tiene por qué importarle que esta iniciativa de ley sea aprobada o no. Al trabajo debería importarle. A la nación le importa."⁷

El amanecer del nuevo siglo —siglo XX—, encuentra a los gobernantes norteamericanos y sus principales asesores ocupados en el diseño de una estrategia de conquista de los mercados internacionales. Mahan propone una nueva geopolítica y azusa al pueblo norteamericano para que se

ocupe más de los asuntos de la política exterior. McKinley y Hanna lo exhortan para que confíe en los empresarios y en el capital. Su bienestar, parecen afirmar, se encuentran en el bienestar de las corporaciones o, mejor aún éstas no sufrirán daño alguno si el pueblo de Norteamérica no se preocupa por ellas, pero lo contrario sí es totalmente válido.

Poco a poco, pero con mucho dinamismo, se va abriendo paso la idea de que existe un interés nacional, como sabemos soporte teórico básico del realismo político, que identifica automática y mecánicamente los intereses de las corporaciones con los intereses de la nación. Es claro lo que se intenta: involucrar a todos los estadounidenses en el nuevo proyecto de política exterior, aquél que hará de los Estados Unidos lo que Raymond Aron llamó "república imperial".

No obstante, la historia del realismo político no termina aquí. Todavía vendrán otros personajes a recalcar la importancia del realismo práctico. Henry Cabot Lodge, Albert J. Beveridge y, principalmente, "el rudo jinete de la democracia", Teddy Roosevelt, nos indican con precisión y una buena dosis de cinismo, otra cualidad del realista político, lo que debe hacerse en materia de política exterior, tratándose de una nación que quiere ser vista como una gran potencia.

Beveridge, durante su campaña para ser electo senador, el año de 1898, va a formular esta joya del realismo (y discúlpese la larga cita): "La tierra que Dios nos ha dado es una noble tierra, una tierra que puede alimentar y vestir al mundo. . . el pueblo que Dios ha sentado en este suelo es un pueblo poderoso, un pueblo surgido de la sangre más excelsa de la historia, un pueblo al que revitaliza perpetuamente la viril dinámica racial que produce los mejores hombres de la tierra, un pueblo imperial en virtud de su poder, por el derecho de sus instituciones, por la autoridad de sus propósitos dirigidos por el cielo. . . lo que en esta campaña está de por medio (es) algo que rebasa lo partidista. Se trata de una cuestión americana. Se trata de una cuestión mundial.

¿Continuará el pueblo americano su marcha hacia la supremacía comercial del mundo? ¿Extenderán las instituciones libres su reino bienaventurado a medida que los hijos de la libertad aumentan su poderío hasta que el imperio de nuestros principios sea establecido en los corazones de toda la humanidad? . . . Si Inglaterra puede gobernar territorios extranjeros, América también puede hacerlo. Si Alemania puede gobernar territorios extranjeros, América puede hacerlo. Si ambas pueden supervisar protectorados América también puede hacerlo. . . La supremacía comercial de la República significa que esta

⁵ Orozco, José Luis. *El testimonio político norteamericano; 1890-1980*. (tomo I), México, SEP-UNAM, p. 72.

⁶ *Ibid.*, p. 77.

⁷ Orozco, José Luis. *Las primicias*. . . op cit. p. 104.

nación ha de convertirse en el factor soberano para la paz en el mundo. Sucede que los conflictos del futuro serán conflictos de comercio, luchas por los mercados, guerras comerciales por la existencia. Y la regla de oro de la paz se cifra en la invulnerabilidad de las posiciones y en la invencibilidad de hallarse militarmente preparados. . . El pueblo americano no puede utilizar un medio deshonesto de intercambio: nos corresponde proporcionarle al mundo su paradigma de lo que es correcto y lo que es honorable. No podemos huir de nuestros deberes internacionales: hemos de obedecer los impulsos de un destino que nos obliga a ser más grandes que nuestras pequeñas intenciones. No podemos retirarnos de ningún suelo en el que la providencia haya desplegado nuestra bandera: nos corresponde rescatar ese suelo para la libertad y la civilización".⁸

La vocación imperial se trasluce en cada palabra de Beveridge. Y no es para menos. Estamos ante el proceso que Lenin va a definir como la etapa superior del capitalismo. Los monopolios han logrado la unificación del capital comercial con el capital industrial para dar lugar al capital financiero. Los Estados Unidos se han estado preparando desde hace mucho para enfrentar con éxito las tareas y los retos que les impone la nueva etapa del desarrollo histórico. No obstante, a pesar de toda su crudeza y realismo, se niegan a aceptar su propio acento imperial y difunden la ilusión de que en realidad buscan un mundo más equilibrado: "Imperialismo no es la palabra para designar nuestro inmenso trabajo. Imperialismo, en el sentido de los enemigos de la grandeza nacional significa opresión, y nosotros no oprimimos. Imperialismo, en el sentido de los enemigos del destino nacional, significa monarquía, y los días de la monarquía están agotados. Imperialismo, en el sentido de los enemigos del progreso nacional, es una palabra para amedrentar a los débiles de corazón, y por ello no tiene validez alguna para el valeroso pueblo americano."⁹

Serán sin embargo, desde la presidencia, el primer Roosevelt quien conjuga en su acción y su discurso los aspectos nodales del realismo y del naciente imperialismo norteamericano. "Elevado publicitariamente a héroe justiciero, Roosevelt será vicepresidente de McKinley en

1900 y, al asesinato de éste, su sucesor. Mitómano Roosevelt adopta nacionalmente la pose del enemigo de los monopolios (no norteamericanos) e internacionalmente un aventurerismo fulminador de 'crónicas villanías'. En lo hemisférico la acción de un 'gran garrote' se legitima al sacar del principio de la no intervención de las potencias europeas en América bajo la doctrina Monroe el corolario de la venia para que los norteamericanos lo hagan, para que se constituyan en 'el poder policial internacional' que la civilización demanda."¹⁰

Para Roosevelt, la mejor garantía para la paz, como en el viejo adagio, es la guerra. Incluso sería un acto de inconciencia no estar preparado con suficiente antelación para efectuar la guerra: "El prepararse para la guerra cuando la guerra ha estallado es demasiado tarde; si solamente nos preparásemos lo suficiente, la guerra jamás estallarfa. No queremos una armada poderosa y eficiente con propósitos de guerra sino la garantía más segura de paz. Si tuviéramos esa marina de guerra —si continuamos creándola— podríamos descansar seguros de que no hay sino una pequeñísima probabilidad de que alguna vez, se presenten problemas para esta nación; y podríamos descansar confiados de la misma manera en que ninguna potencia extranjera contendrá jamás con nosotros acerca de la doctrina Monroe."¹¹

Algunos años más tarde, ciertos sectores de las clases dirigentes norteamericanas intentarán mantenerse al margen de los acontecimientos que culminarán con la primera guerra mundial. Se da una gran resistencia a participar en ella, al tiempo que se hacen algunos esfuerzos pacifistas, artificiales o no, encarnados sobre todo en el presidente Wilson. No obstante, los monopolios y las corporaciones siguen ganando terreno e impulsando proyectos como el del progresivismo, cuya característica definitoria será, entre otras, la de la búsqueda de una administración que se quiere cada día más científica. Debido a esto y a que prácticamente ha terminado la división colonial del mundo, es que Woodrow Wilson se da el lujo de abandonar, así sea en la retórica, los afanes expansionistas de los Estados Unidos: "Quiero aprovechar esta ocasión para declarar que los Estados Unidos jamás volverán a intentar obtener un sólo palmo de tierra mediante la conquista. Se dedicarán a demostrar que saben utilizar honorable y productivamente el territorio que poseen y que considerarán como uno de los deberes de la amistad porque en ninguna parte los intereses materiales priven sobre la libertad humana y la oportunidad nacional."¹²

⁸ Orozco, José Luis. *Las primicias*. . . op cit. p. 79-86.

⁹ Orozco, José Luis. *El testimonio político*. . . p. 83. Compárense los primeros renglones de esta cita con lo que dice una realista contemporánea, Jeane Kirkpatrick: "los Estados Unidos no son una potencia racista, colonial, no practica el genocidio y no amenaza la paz mundial con actividades expansionistas." en Kirkpatrick, Jeane. *Dictadura y contradicción*. México, Ed. Hermes, 1983, p. 58.

¹⁰ Orozco, José Luis. *Las primicias del*. . . p. 128.

¹¹ Orozco, José Luis. *Las primicias del imperio*. p. 128.

¹² Orozco, José Luis. *El testimonio político*. p. 177.

No faltará, sin embargo, quien añada otro ingrediente realista a esta última parte del discurso wilsoniano. Walter Lippman, quien al paso del tiempo terminará formando parte de realistas políticos de la segunda postguerra, es el indicado para agregar realismo al discurso de la época de Wilson. Morgenthau sostiene que el mundo es imperfecto por naturaleza y que al hombre más le conviene cooperar con las fuerzas de esa misma naturaleza, antes que contradecirlas a riesgo de fracasar. Pues bien, Lippman afirma en 1914 que "el análisis crítico ha de deshacerse de los prejuicios del más viejo racionalismo si desea tener cualquier influencia radical sobre las ideas. Es ingenuo suponer que la vida emocional puede ser tratada como una supervivencia decadente. Los deseos del hombre son los que hacen sus vidas, los que los mueven y los gobiernan.

No hablamos de seres humanos cuando hablamos de la razón pura. Y en consecuencia, cualquiera que profundice entre el pensamiento y el sentimiento, simplemente añade confusión al problema."¹³ El asunto principal en estas líneas es la imperfección del hombre y por añadidura de la naturaleza. Más importante que la razón serán los deseos y más importante que contenerlos o eludirlos debe ser cumplirlos. En esta dirección, el gobierno norteamericano podrá cumplir con sus deseos y, pleno de voluntarismo llevará a cabo la propuesta de Wilson: velar porque en ninguna parte del mundo los intereses materiales (exteriores) priven sobre la libertad humana (estadunidense). Una vez hace su aparición en el escenario el realismo político.

Con el estallido de otra nueva guerra mundial y el advenimiento del régimen bolchevique en la Rusia zarista, se abre otra etapa del realismo. Por un lado el fracaso de los intentos por alcanzar una paz duradera, incluida la sociedad de naciones, y por el otro el contagio veloz de una histeria anticomunista proporcionan la oportunidad para que los realistas políticos se desarrollen en todo su esplendor. Será la ocasión propicia para que Niebuhr planteé sus hipótesis y se convierta en un padre teórico prolífico. La escuela del realismo político sentará sus reales y desde entonces será la guía reconocida de la política exterior norteamericana. Incluso hoy, por si nos cupiera duda, el realismo sigue floreciendo con todos los neo que uno pueda agregarle.¹⁴

¹³ Ibid. p. 167.

¹⁴ Para una descripción del neorealismo Cfr. Rioux Jean Francois, Kenes Ernie y Hegaré, Gregg. "Le Neo-realisme ou la formulation du paradigme hégémonique en relation internationale", en *Études internationales*, vol. XX, núm. 1, mars 1988, Centre Québécois de Relations Internationales, Université Laval, Québec, Canadá, pp. 57-80.

Conclusiones

1. El realismo político surgió como escuela o corriente de la Teoría de las relaciones internacionales en los años finales de la Segunda Guerra Mundial. Intentaba dotar al especialista el estudio de los asuntos internacionales, de un bagaje teórico que le permitiera, tal y como lo señalaba Morgenthau, dar orden y sentido a los acontecimientos mundiales que de otra manera, parecerían caóticos y desordenados.
2. El sustento filosófico principal se remonta a los pensadores de inicios del modo de producción capitalista, tales como Maquiavelo, Locke y especialmente, Hobbes, quienes plantearon para las relaciones entre los Estados, una situación de anarquía y ausencia de autoridad legítima que se traduce en un Estado de naturaleza, por el cual los Estados antes que nada buscan el poder, y a través de éste, la realización de un propio interés, su interés nacional, cualquiera que éste sea. En este sentido, la política internacional será una intensa lucha por el poder.
3. A pesar de que el realismo político se formó como tal específicamente en los Estados Unidos en la fecha señalada, aunque después se difundió a otras partes del mundo, es posible encontrar en una buena parte del pensamiento político norteamericano una buena dosis del realismo político no importa que todavía no se denomine así. En los escritos de los filósofos y los políticos norteamericanos se trasluce a cada momento, el trasfondo realista para los asuntos de política exterior, desde que empezaron a pensar en la expansión territorial y esto es así, de hecho, desde la independencia de las colonias británicas.
4. De esta manera las raíces del realismo político se remontan, como ya se afirmó, a la filosofía política del naciente capitalismo, pero en el caso de los Estados Unidos, se ven mediadas por la particular interpretación que los filósofos y políticos hacen de aquella filosofía. De esto se destacan la doctrina del Destino Manifiesto y la Doctrina Monroe.
5. Por lo tanto, el realismo político, implícito o explícito, ha servido de excelente guía para la política exterior norteamericana. En primera instancia para llegar a convertirse en una gran potencia y para justificar las acciones expansionistas. En segundo lugar para justificar la hegemonía internacional de los Estados Unidos en la época contemporánea y para crear la ilusión interna y externa de que esa hegemonía es beneficiosa y no perjudicial para toda la humanidad.